

El tiempo en pandemia, fallido tamiz de lo irrelevante

Rafael Andrés Nanclares Ospina



Ana Bustamante. Proyecto El trópico no tiene centro ni periferia. 2021. Feria de Arte, diseño y arquitectura La Rambla.

Una ráfaga de restricciones nos impuso el tiempo de pandemia del Covid-19 que vivimos. Limitó nuestro libre desplazamiento por el vecindario, por la ciudad, por el mundo, y nos confinó a nuestro hogar. Afortunados los que lo tuvimos y lo tenemos, concentrando tiempo, espacio y vida para la introspección forzosa del confinamiento.

Gran sorpresa para la utopía de la globalización mundial, donde el intercambio cultural se manifiesta como nunca, sustentado en la soberbia del consumo ilimitado de una

sociedad tecnocientífica encaminada al crecimiento continuo de la economía del consumo, nueva diosa de los destinos humanos.

En consecuencia, una cultura del consumo excesivo de todo tipo de artículos necesarios e innecesarios, de una saturación de múltiples actividades culturales, deportivas, económicas, educativas, políticas, que nos impactan constantemente por múltiples medios de difusión como la televisión, la radio, las revistas, la prensa, los volantes que nos entregan en las calles, el internet y las redes

sociales. Como si el tiempo vital no fuera suficiente para estar al tanto de esta tormenta de información y de los múltiples propósitos que nos impone la sociedad de consumo.

Por lo tanto, para estar a la altura de estas imposiciones, la vida se ha tornado en un esfuerzo constante por reducir la existencia a un cronograma y, peor aún, a la organización de una serie de tareas de todo tipo sin orden temporal ni espacial, un caos de saturación, sin la posibilidad de meditar en medio de ellas. Agendas sucesivas de actividades, sin comienzo ni fin, o inclusive tareas que se desarrollan de forma simultánea, reduciendo su calidad y concentración, aminorando el disfrute de vivirlas o despojándonos de la posibilidad de contemplarlas y entenderlas.

Entonces, ¿el objetivo de la vida se muestra en un intento insostenible de copar el tiempo vital en un tupido cronograma, a la manera de una tela rígida, tensa, invivible, donde la flexibilidad se anula, donde las pausas duelen, donde el tiempo del ocio que sirve de regocijo, meditación y dador de sentido a los tiempos de acción son lujos de los más favorecidos por el poder del capital?

Al respecto dice en su *Elogio de la lentitud* Carl Honoré:

Mi vida entera se ha convertido en un ejercicio de apresuramiento, mi objetivo es embutir el mayor número posible de cosas por hora. Soy Scrooge con un cronómetro, obsesionado por ahorrar hasta la última partícula de tiempo, un minuto aquí, unos pocos segundos allá... Y no se trata sólo de mí. Todas las personas que me rodean, los colegas, los amigos, la familia, están atrapados en el mismo vórtice.¹

Estas palabras de Honoré son contundentes, pues ya es una norma estar atareados,

afanados y estresados; es un ideal: lo opuesto se ha convertido en lo diferente, lo no deseado e inútil. Sumado a lo anterior, se ha advertido que el uso de la tecnología, que impera en nuestro mundo, y que no se debe anular, ni decir que sea algo en sí mismo negativo para el bienestar humano, devela y abre unos nuevos hábitos y horizontes para la existencia humana que tenemos que analizar, pensar y regular buscando su uso adecuado, su tiempo en el sentido de *Kairós*, el tiempo adecuado y oportuno, y no solo el tiempo de Cronos, el tiempo del cronograma, el cual hemos privilegiado en el afán de seguir el frenesí de nuestros tiempos.

La aceleración de la vida, como consecuencia de los nuevos hábitos de la sociedad de consumo, de la sociedad tecnocientífica, de lo inmediato, de la infinidad de actividades y propósitos, nos ha costado la pérdida de lo lento, de lo pausado, de lo meditado, como también lo dice Honoré de forma concisa:

Los intelectuales empezaron a reparar en que la tecnología nos estaba moldeando tanto como nosotros la moldeábamos a ella. En 1910, el historiador Herbert Casson escribió que “con el uso del teléfono, la mente ha adquirido un nuevo hábito. Nos hemos desprendido de la lentitud y la pereza... La vida se ha vuelto más tensa, despierta, enérgica”.²

Esta pérdida de lo lento es una pérdida vital, en el sentido de que esa sensación de premura, de “no voy a poder dar cuenta de todas las actividades que debo realizar”, que no paran, la adquisición constante e infinita de artículos, servicios, títulos universitarios, poder y orgasmos, anula en gran parte o mengua el trayecto vital, podríamos decir que perdemos la vida al no poder contemplarla.

Para explicar esto, pensemos en el efecto de la velocidad con respecto al campo visual de una persona: a mayor velocidad se disminuye el campo visual. Imaginemos lo que vemos cuando vamos de un lugar a otro en un vehículo automotor a ochenta kilómetros por hora, y comparémoslo con lo que vemos cuando realizamos ese mismo trayecto caminando; es indudable que en el trayecto están las mismas cosas, no importa a la velocidad a la que se vaya, pero es irrefutable que caminando se perciben más cosas, se degustan, se puede interactuar con ellas, se está con las cosas, y si la velocidad es mayor, aunque las cosas estén allí, solo veremos las que están frente a nosotros por pocos segundos, y las que están a los costados se invisibilizan.

Utilicemos esta analogía de la velocidad, espacio/tiempo, y el campo visual, el área total en la cual los objetos se pueden ver en la visión lateral periférica, mientras usted enfoca los ojos en un punto central, con la de *la velocidad de vivir* y definámosla, para este propósito, como (el número de actividades realizadas/tiempo vital) y *el campo vital* (el disfrute total de las actividades realizadas que se pueden vivir en la visión lateral periférica de la vida, mientras usted enfoca los ojos en un punto central).

De esta analogía podría decirse que *la velocidad de vivir* por realizar muchas actividades en un tiempo vital, por meter a la fuerza y copar la agenda vital, por recorrer la vida a ochenta km/hora, vivir de afán, en el mismo trayecto vital, como consecuencia disminuye *el campo vital*, entendiendo este campo como vivir el disfrute total de las actividades realizadas con mayor detenimiento, como cuando se camina un trayecto. Ese punto central, que enfoca los ojos es, sin duda, el término final del trayecto vital,



Ana Bustamante. Proyecto El trópico no tiene centro ni periferia. 2021. Feria de Arte, diseño y arquitectura La Rambla.

la muerte, aunque vivir de forma veloz y tensa es otra forma de vivir. Quizás vivir con calma y con detenimiento aumenta y posibilita la reflexión y el disfrute de las actividades realizadas en el trayecto vital, dándole sentido. Este movimiento de vivir lentamente nos ha sido arrebatado por la sociedad de consumo. Una sociedad agitada, atareada, veloz y tensa que invisibiliza las actividades realizadas al solo rozarlas, sin disfrutarlas, amarlas o cultivarlas. Esta cultura de la velocidad como premisa del vivir, soportada por el pensamiento tecnocientífico, por el pensamiento calculador, cuya incertidumbre, vulnerabilidad y fragilidad creemos poder vencer siempre. Como bien lo advierte Heidegger cuando nos habla acerca del pensamiento calculador:

El pensamiento calculador no se detiene nunca, no se para a reflexionar, no es un pensamiento que medite sobre el sentido que impera en todo cuanto existe.³

¿Qué debemos hacer? Empecemos por decir que la pandemia nos brindó a todos la posibilidad de parar, de volver al hogar,

de mirarnos, reduciendo la multiplicidad de lo exterior. Al recordarnos nuestra fragilidad y nuestra vulnerabilidad nos ha brindado un tamiz que es de la siguiente naturaleza: al reducir nuestras actividades a las actividades hogareñas, al preparar, al mirar la comida con tiempo, no como una actividad más de la agenda frenética, al ver nuestros objetos cercanos, detenernos en ellos, al mirar por el balcón los atardeceres día tras día y subir algunas fotos a las redes sociales para compartir esa alegría de contemplar, al estar con el grupo cercano, al cuidar nuestro dinero y entender prioridades, al sentir el paso del tiempo; enfatizo, al mostrarnos nuestra vulnerabilidad, nuestra fragilidad, al situar las cosas en su lugar, nos ayudó a dar sentido a las cosas importantes y a las no importantes, como lo hacen los tamices cuando gradan las piedras en una cantera: posibilitan el ordenamiento de las piedras y así se pueden conocer sus propiedades, explorar con detenimiento cómo están constituidas y donde son útiles. Para nuestro propósito, este tamiz nos posibilitó el ordenamiento de las actividades vitales, de las cosas y de pensar en el tiempo, que pareció brotar infinito, como multiplicado por la pandemia, con su acción reductora de la velocidad de vivir las múltiples actividades de la sociedad de consumo. Esta reducción de actividades la podemos percibir a través de la noción del ritmo, precisamente de la importancia del ritmo de vida: cuándo acelerar y detenerse, como en la música, o en un partido de fútbol, y esto lo manifiesta de forma clara Honoré cuando dice:

Actuar con rapidez cuando tiene sentido hacerlo y ser lento cuando la lentitud es lo más conveniente. Tratar de vivir en lo que los músicos llaman el tempo *giusto*, la velocidad apropiada.⁴

Recordemos aquí un aforismo de Blas Pascal que podría interpretarse como la búsqueda de ese tempo *giusto* para que la vida nos suene bien, para entender la vida: “Cuando leemos demasiado deprisa o demasiado despacio, no entendemos nada”.⁵

Ahora bien, la pandemia del Covid-19 podría leerse desde la mirada que nos brinda Byung-Chul Han en su libro *Loa a la tierra*. Allí, el contacto íntimo con su jardín le muestra la incertidumbre, la maravilla de la vida, la fascinación por el orden natural. Pero queremos subrayar de ese texto el tiempo que expone, el que le permite percibir, el justo, el propio de las cosas, de la vida, el que nos es ajeno, que ni la poderosa sociedad de consumo, ni la globalización, ni el pensamiento calculador, ni la tecnociencia pueden dominar a su antojo, ese que la pandemia nos impuso y nos recordó que somos parte del mundo y que nos rigen tiempos ajenos a nosotros mismos, como lo dice en un aparte de su texto: “El tiempo del jardín es un tiempo distinto. El jardín tiene su propio tiempo, sobre el que yo no puedo disponer”.⁶

No obstante, esta oportunidad de reflexionar que nos brindó ese momento en extremo complejo, como lo fue la pandemia, sigue el reto de la forma en que el tiempo es medido en la sociedad de consumo que nos flagela por pasar tiempo en la acción contemplativa. Referente al uso y valor del tiempo, quisiéramos referirnos en este punto a un libro con un título seductor: *La semana laboral de cuatro horas* de Tim Ferriss, en el cual se muestra la posibilidad de utilizar la tecnología para tener una semana laboral de cuatro horas, incluso la posibilidad de cumplir los sueños personales, los impuestos por la sociedad de consumo, el éxito, la fama, el lujo, la exigencia de estar a



Ana Bustamante. Proyecto El trópico no tiene centro ni periferia. 2021. Feria de Arte, diseño y arquitectura La Rambla.

la vanguardia de la tecnología. Aunque es importante resaltar que el autor promueve y aspira a la consecución de los sueños de las personas, a la búsqueda de la medida, a darle sentido al dinero, a una convivencia con la tecnología y el disfrute de vivir, a la vez expone el concepto de tiempo de nuestra sociedad y su forma de medirlo; así lo expresa Ferris en su libro: “Ahora que has decidido lo que quieres hacer con tu tiempo, tienes que liberar ese tiempo. El truco, claro está, es hacerlo conservando o aumentando tus ingresos”.⁷

Adicionalmente a la visión del dinero que Ferriss nos recuerda y las consecuencias de vivir de prisa, viviendo el cronograma insaciable de la sociedad de consumo, se debe advertir la aparente disponibilidad de po-

ser toda la información a la mano en cualquier lugar. La hiperconectividad que hace posible que las actividades puedan realizarse cualquier día, que diluye las convenciones culturales y religiosas y hace que se olviden los lugares y tiempos que cada cosa y actividad tenían en una sociedad de consumo que reafirma así que la medida y el sentido del tiempo está valorado en su peso en oro: “Una vez se han borrado los límites, la competencia, la codicia y el temor nos estimulan a aplicar el principio de que el tiempo es oro a cada momento del día y de la noche”.⁸

Así pues, entendido el valor del tiempo, del tiempo vital, aun se tienen que conservar o aumentar los ingresos y, por su puesto, sigue primando la utilidad y la productividad como lo dicta la sociedad de consumo.

Esto nos lleva a pensar que la concepción del tiempo sigue atada a su valor en dinero. Aun en pandemia tuvimos que pagar las cuentas, para tener techo, agua, energía eléctrica, gas para cocinar y calentar nuestra agua, y no poder contar con estos servicios nos agobiaría, nos relega de la convención social del dinero, pues para poder vivir en esta sociedad se tiene que aceptar la premisa de que el tiempo es oro, en el sentido de la utilidad. Pensar en desligarse de esta sociedad de consumo es sinónimo de exilio, exclusión y diferencia.

Por consiguiente, las enseñanzas de un momento global como lo fue la pandemia, pone de manifiesto nuestra vulnerabilidad y debería servir de tamiz para decantar los destinos de nuestra sociedad, reconocer nuestra fragilidad como especie, la belleza de nuestra existencia, como se lo revela el jardín a Byung Chul Han en *Loa a la tierra*, o como clama Heidegger por un llamado a la reflexión en “Serenidad”, o Honoré en *Elogio a la lentitud*, donde nos enseña la necesidad de rebajar la velocidad, buscar el ritmo de la vida y ser rápido o lento cuando sea necesario. Es preciso, para alcanzar estos propósitos, o es muy recomendable, priorizar las actividades de la vida: en qué se invierte el tiempo vital, ir al disfrute de la contemplación y la reflexión, por encima de las convenciones impuestas por la sociedad de consumo y de la concepción tecnocientífica. Esta priorización debe estar orientada a un mejor vivir y a la búsqueda de un cultivo del arte de vivir.

Ahora bien, el ritmo, una palabra muy poderosa para regir la vida como uso del tiempo, cuándo acelerar o estarse quieto, cuándo y por cuánto tiempo hacer o no hacer. Solo es analizar, detenernos en la función de los silencios en la música: sin ellos, sería un ruido

incesante que no permite escuchar la melodía ni permite saborear su sentido.

Por último, permitámonos tomar un café lentamente y señalar la siguiente concepción de Byung-Chul Han sobre el conocimiento, que creo nos ayudará a salvarnos y a salvar a nuestra sociedad y, por ende, al mundo y que permitirá la redención de lo distinto: “El conocimiento no es una ganancia, o al menos no es mi ganancia, ni es mi redención, sino la redención de lo distinto”,⁹ pero la pandemia al parecer fue un tamiz relevante pero efímero, una mera anécdota ya olvidada donde volvimos a lo mismo, al tiempo saturado de la productividad.

Notas

- 1 y 2 Honoré, C. (2015). *Elogio de la lentitud*. Universidad Veracruzana. pp. 3, 15, disponible en <https://www.uv.mx/veracruz/cosustentaver/files/2015/09/3.-Honore-C.-Elogio-de-la-lentitud.pdf>
- 3 Heidegger, M. (1994). *Serenidad*. Revista Colombiana de Psicología, 0 (3), pp. 22-28, disponible en: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/psicologia/article/view/15808/16639>
- 4 Honoré, C. (2015). *Elogio de la lentitud*, Universidad Veracruzana. p. 9, disponible en <https://www.uv.mx/veracruz/cosustentaver/files/2015/09/3.-Honore-C.-Elogio-de-la-lentitud.pdf>
- 5 Blas Pascal (1623-1662).
- 6 Han, B-Ch. (2019). *Loa a la tierra*, Herder, p. 25.
- 7 Ferriss, T. (2015). *La semana laboral de cuatro horas*, RBA Libros, p. 118.
- 8 Honoré, C. (2015). *Elogio de la lentitud*. Universidad Veracruzana. p. 19, disponible en <https://www.uv.mx/veracruz/cosustentaver/files/2015/09/3.-Honore-C.-Elogio-de-la-lentitud.pdf>
- 9 Han, B-Ch. (2019). *Loa a la tierra*, Herder, p.27.

Rafael Andrés Nanclares Ospina. Ingeniero Civil de la Universidad Nacional de Colombia, sede de Medellín, especialista en Gerencia de Construcciones y candidato a magíster en Filosofía, Universidad Pontificia Bolivariana, sede Medellín.